

E. MIRET MAGDA LENA

ANTES fue la televisión, ahora ha sido la radio. Tenía la experiencia abierta y decididamente valiente de la "Hora 25", en la que no sólo me preguntaron con gran libertad durante las diferentes entrevistas realizadas, sino que pude contestar con la misma razonable apertura a todos los temas religiosos que me planteaban en concreto.

Pero ahora no ha sido así en el programa de los jueves llamado "Piccadilly-Puerta del Sol", dirigido por el inteligente Joaquín Peleáez. Solicitaron mi actuación, y en vez de tomar en directo, grabaron en diferido. Los lectores sabían que este programa nocturno lo hace Radio Madrid y su Cadena SER, en combinación con la BBC de Londres. Es, por lo que he podido apreciar, aparentemente abierto, porque cuando comenzamos se nos dijo en alta voz que fuésemos decididos para hablar con claridad. Así lo entendimos, tanto la interlocutora latinoamericana de Londres como yo en Madrid. Y hablamos discutiendo un poco con el padre de la Congregación de religiosos norteamericanos de Maryknoll, que estaba también en la capital británica dialogando con nosotros.

El tema era el futuro que tendrá la religión en el mundo, y en particular en 1975, este año difícil no sólo para la economía y lo social, sino también para lo religioso. Y, naturalmente, con las correspondientes implicaciones que este campo de lo religioso tiene en la moral y en la sociedad toda.

Pero mi sorpresa fue grande al escucharme a medias algunas horas después. Ni la interlocutora latinoamericana decía todo lo que dije, ni yo tampoco. ¿Por qué? No lo sé, pero, desde luego, todo ello me produjo la misma impresión que sentí cuando me ocurrió algo análogo en tres recientes intervenciones mías en televisión.

Pienso si todavía tenemos demasiado respeto los católicos cultos a los grupos reaccionarios en la Iglesia, o simplemente a la ignorancia que todavía queda en demasiadas mentes creyentes sin suficiente formación evangélica, y que tienen la religión por un seguro de salvación en exclusiva. Estos católicos creen que la religión es una especie de lotería mágica que se gana con ciertos ritos externos infalibles, y ellos poseen los billetes que van a ser premiados porque tienen el secreto de conseguir este privilegio único. Y los demás, allá con su mala suerte.

Creo conveniente repetir las cosas que dije y no dije, porque no sé si serán acertadas o no, oportunas o no; pero, desde luego, representan lo que yo pienso. Y mucho me temo que también representan lo que piensan muchos españoles, y hasta muchos católicos y hombres no creyentes en el mundo entero.

La crisis de la Iglesia vivida durante estos años y que llevamos a cuestras los seculares creyentes sobre todo, seguirá adelante, y posiblemente 1975 marque un culmen o punto

máximo que aboque a un camino más claro y decidido que el actual. Aumentarán las secularizaciones de los sacerdotes, unas oficialmente y siguiendo todos los trámites que el derecho de la Iglesia establece; otras, en cambio, por libre, abandonando los "hábitos", como vulgarmente se dice que hizo Lutero y muchos de sus seguidores religiosos y clérigos. Los efectivos eclesiásticos cada vez disminuirán más en cifras absolutas y relativas, porque además de las crecientes salidas, no hay apenas entradas de ministros de la religión.

A esto se unirá el despegue y la indiferencia en aumento que sufren las iglesias y religiones tradicionales. El mundo actual,

LA LEY DEL CANDADO

captado por las grandes instituciones profanas, llámense empresas multinacionales o estados modernos centralizados, es sirvo del automatismo de nuestra civilización y necesita respirar en su intimidad. Su alma se asfixia en medio de esta dorada servidumbre contemporánea hecha de computadoras, estadísticas y consumo morboso inducido por la propaganda y la publicidad. Requiere un nuevo aire espiritual para respirar, dejando a un lado las engañosas ataduras de la vida moderna que, en algún momento de su vida cotidiana agobiada, resultan excesivamente agobiantes. Incluso necesita algo todavía más importante: unos momentos liberadores del espíritu que le animen a decir que no a lo que vive cotidianamente, y preparar así con tenacidad y sin desmayo un mundo organizado de otra manera distinta de la actual. Estos momentos liberadores los podría —aunque no en exclusiva— fomentar la religión, y pocas veces lo hace con seriedad y sin veleidades superficiales.

Resulta muy difícil que una religión establecida, y estructurada por el peso de las rutinas, privilegios y códigos de autodefensa y disciplina que se han ido acumulando siglo tras siglo, pueda convencer a las nuevas generaciones y principalmente a la juventud. Le será necesario, como pensamos en concreto muchos católicos y creyentes de otras religiones, abandonar todo ese lastre de centurias, y quedarse reducida a sus elementos dinámicos sin necesidad de tinglado alguno que los estructure rigidamente dejándolos sin vida. Y el primer paso hacia esta concepción fraternal, y no paternalista, de la religión, será adoptar el sistema autogestor que

vivieron los primitivos cristianos y que tan bien les fue, que llenaron con su influencia vital todo el mundo conocido de entonces.

La Iglesia, en sus altos estamentos, tiene que definirse de una vez. No puede seguir dando una de cal y otra de arena. No le es posible ya estar por más tiempo unos días a favor y otros en contra de los regímenes totalitarios de Hitler, de Mussolini o de cualquier otro corte antidemocrático como el de Pinochet y de tantos otros que hay por el mundo. Como tampoco puede estar infantilmente deseando coger el tren, que ya perdió, de toda novedad profana en política, sociología o cultura, y hacerlo sin medida.

Es ella misma, antes de hablar de los demás y dar consejos para los de fuera, la que tiene que aclararse de una vez. Tiene que mostrarnos, aunque sea con defectos, una faz clara y sin ambigüedades que pueda perfeccionarse, pero que sepamos, por lo menos, cuál es, y no estemos siempre vacilando para saber si en el fondo se trata de una organización dictatorial o democrática. Y si de verdad quiere ser democrática, ser cosa del pueblo y para el pueblo, tendremos que saber si esta democracia "sui generis" es presidencialista como parece mostrarse muchas veces, o pretende ser autogestora como queremos muchos.

Si en 1975 no tiene la valentía de hacerlo de una vez, mucho me temo que se agudizarán los problemas que tiene la Iglesia, andaremos cada vez más por las ramas y su clientela descenderá más y más.

Y a este problema básico, que es el de dar una imagen concreta y definida para que sepa todo el mundo a qué atenerse con ella, habrá que añadir otros muchos que de él derivan y que deben ser también clarificados, si todavía pretende —como queremos los católicos que quedamos en ella— tener un mensaje para nuestro mundo, y ser un testimonio de algo positivo e importante para los hombres.

Lo eclesiástico —el dominio de los clérigos— y lo eclesial —el campo de los fieles— deben unirse y fundirse cada vez más, de tal modo que no parezcan siempre dos cosas separadas y cuya misión es diametralmente opuesta: la una —la de los clérigos—, dominar a los fieles y al mundo, y la otra —la de los fieles—, estar atentos a la palabra de los dominadores para seguirla con docilidad y sumisión, y solamente tener energía para luchar contra los que desde fuera se oponen a aquéllos.

No; la Iglesia, si es algo —y el creyente así lo cree—, tiene que ser algo muy distinto de la «Iglesia de los antepasados», de ese clericalismo pos-tridentino que todavía perdura más o menos enmascarado, pero también algo muy distinto de la ambigua confusión actual. Y esto hay que decirlo en alta clericalismo pos-tridentino que todavía pervoz, superando cualquier "ley del candado", masiado timoratos.